

LA MIRADA Y EL VIAJE

GOYA GUTIÉRREZ

(Barcelona, 2004)

Prólogo: Felipe L. Aranguren

Un antiguo adagio árabe sentencia que “viajar es vencer”. Y todo artista sabe cuán necesario es tener sensaciones nuevas y estímulos que raramente se encuentran a nuestro alrededor. En este caso, la poeta sale de sí misma y viaja en la primera parte del libro, que no en vano se llama “Impresiones”, abierta a la visión nueva que permite una nueva visión interior. Porque el viaje tiene su regreso hacia ese interior, única manera de establecer un diálogo fructífero. Y allí, en el interior, se procede al viaje que nos lleva a Roma, Benarés, Bangkok, Nueva York o el Sáhara, lugares que pierden y recuperan su identidad en el decir de Goya Gutiérrez, que también viaja con toda su cultura a cuestas para confrontar, completar, rectificar, experimentar con las sensaciones y con las palabras.

Éste es un libro intenso, por la complejidad del mundo que encierra y por su extraordinario ritmo. Es ésta una poesía, no ya de alguien que se habla a sí misma, sino de quien establece un puente firme con el lector, una poesía reflexiva y tensa, que proviene de un anterior yo contenido y que entrega imágenes, palabras preciosas y precisas para ordenar un universo propio y ajeno, pero comunicable. Es por ello que muchas veces el plural se impone y el “nosotros” adquiere múltiples matices, “nosotros los viajeros occidentales”, pero también “nosotros compañeros de viaje”. El paisaje se convierte en emoción y se sorprenden pedazos de vida aquí y allí, en la mirada rasgada de un campesino thai, en un río que es todos los ríos, un rezo entreoído, un hermoso muchacho en un puente, pedazos de vida que se trenzan con el paisaje para empaparnos en una suerte de ósmosis de sensaciones. Y el poema final que cierra cualquier viaje, la Ítaca mítica punto de partida y destino. Pero quien marchó ya no es la misma que regresa, más rica en emociones y experiencias.

La segunda parte del libro, “La ciudad y sus mundos” me parece mejor aún que la primera. Aquí Goya Gutiérrez deja fluir el lenguaje para entonar el ritmo de la ciudad (las ciudades) que habita. Por aquí desfilan la ciudad violentada, la del grito, la derruida, la inmobiliaria o la ciudad burdel, pero también están la ciudad del Buen Amor, la hospitalaria, la de los puentes o la de los amantes. Es por ello que la trama recoge múltiples matices, facetas diferentes de una misma ciudad que es también todas las ciudades. Y esa misma

trama obliga a un lenguaje moderno y ágil, el verso se adelgaza o amplía siguiendo una cadencia original, y los referentes míticos se entrelazan con las palabras sencillas de los urbanistas.

Esta segunda parte es más dura, difícil y exigente. “La tecnocracia amordazada y ciega, el poder de los grandes misóginos confesos, la ciudad sin rumbo donde la muerte ha plantado su tienda...”, versos contundentes que llegan a la ironía de los edificios transparentes de “la ciudad inmobiliaria”. Hay una vuelta al realismo más combativo junto con la mayor de las delicadezas, como en “la ciudad hospitalaria”, o en “la ciudad de los trenes”, añoranza de la infancia y recuerdo de lo pasado con la sabiduría de quien ha sabido crecer y ha encajado los dolores de la vida que le han tocado en suerte. Porque el objetivo es vivir “la ciudad de los amantes”, atravesar todas las dificultades del viaje, enriquecerse de experiencia y sensaciones, descubrir “la hebra de seda que el amor esconde”, nombrar todos los nombres, rodear de belleza la existencia, sentir cada latido y estremecerse siempre. Y regresar al fin a la ciudad, al puerto que sea para nosotros nuestra Ítaca. Y como Goya Gutiérrez, al lado del fuego en las largas noches, relatar las maravillas de nuestro periplo, de nuestro extraordinario viaje existencial.

Impresiones (1ª parte)

LA NARRACIÓN DEL VIAJE*A F. García Lorca*

Amazona cobriza,
Pena en vilo,
Fraguadores del hierro,
Cantores como pozos,
Pámpanos de talles secos
De mujeres, tiznados
Y encendidos por dentro,
Heridas como huidas
Del imposible nudo
Pasión y tradición
En lucha de navajas
Enrojando lunas,
Blanqueando los ojos
Del rey del Harlem,
Cocodrilos urbanos
Mordiendo en cada esquina
Tu corazón de campo,
Y gacelas de muerte
Bellas, premonitorias
Aún tu amor volcanea
Para que crezcan
Flores y musgo fresco
En las sienes y boca
De tus muertos
Fuiste su narrador,
Y a veces esa hierba
Este poema
También se nos parece,
Quizás se volvió amarga
En ese oscuro instante,
Pero sigue tan verde
Como tú la soñaste

SAN MICHELE

Le don de vivre a passé dans les fleurs!

Paul Valéry

En medio de la antigua laguna,
Surcada de otras islas y caminos,
El muro de cipreses impone altivo
Un límite.
Encima de las tapias,
Unos ojos vigilan a Caronte
Que arriba en negra góndola
Envuelto en máscara de dorados brocados.
Aún trae los colores risueños de disfraces
Que encubren
Identidades, títulos, historia.

Yo, lozano, adolescente, sigiloso,
De su pasaje espero *el don de vida*
Y apremio su llegada, me alineo,
Anhele esa frondosidad de mis hermanos,
Doy sombra a mármoles gastados por los rayos,
Los deslumbro, hago legibles
Nombres, fechas y epitafios,
Entre los bien alimentados verdes
De tierras y marismas
Entrego al viento mensajes sepulcrales
De silencio,
Desde la isla de los muertos
A las islas
Del vivo latir de las campanas

DESDE EL PUENTE DE BROOKLYN

No duerme nadie por el mundo. Nadie, nadie
Federico García Lorca

El muchacho atisba
Desafiante belleza

Tiene los ojos negros
Con ojeras y vagones
Veloces que reflejan
El rostro del planeta

El metro de Nueva York
Es un árbol enterrado
De sangre que alimenta
Un cuerpo esplendoroso

El metro de Nueva York
Digiere solitario
El peso de la noche
Los párpados vencidos

Y al salir a la luz,
Rota la sombra en la retina
Por ese interminable y vasto
Haz de eléctrica energía

La ciudad que no duerme
Y no sueña, se mira a sí
Ante el mundo

ROMA

Unos ojos errantes
Quieren correr tus velos,
Buscando esa mirada
Labrada de tus piedras,
Que lleva al principio
Que los dioses anuncian.

Amo tu rostro en ruinas,
Tu bóveda encendida,
Tu cuello pincel de arte,
Tu pecho de basalto,

Y corazón abierto
Desgranado en la tierra
De onduladas caderas
Astros de agua,
Que confluyen en mares
Cálidos como vientres.

Sobre antiguas columnas
Que sostienen tu cuerpo,
Y enramada a tus muros,
Se ha enarcado el poniente
Dorado que regresa,
La noche plateada,
Las horas que no cesan
De caer en cascada
Sobre esta ciudad-bosque,
Preñada por el tiempo
Que la nutre, la crece

SÁHARA

El animal desértico camina,
Hunde sus pasos profundos en la arena,
Y su perfil de duna y nuestros cuerpos
Se proyectan en indelebles sombras.

Subimos, descendemos
Como un coro de danza y de silencio,
Hacia sus mismas entrañas,
Hacia su propio centro:

El añil de rostros nos recibe
Sabor a frutos viejos.
A lo lejos las bocas
De los mares bíblicos
Bajo arrugas antiguas
De paisajes cercanos.
Las tierras del reg-erg
Ebrio océano dorado se sumerge
Y emerge de su caos.

Quién se atreve a pisar las huellas
De tantas noches sobre un fuego
Estrellado,
Telón de fondo después de despedirse
El astro:
Cuántas manos ha visto sobre manos
Abrir zanjas al calor y al viento,
Arrebatar y construir palacios
Enlonados
Por escasos y precisos manjares
Que alargarán un día más
La búsqueda

BENARÉS

Aunque penetres lentamente,
Al principio no sabes
Si estás en un infierno,
Pero el olor a polvo
De ruedas, pies desnudos,
Pezuñas y pedales
Es terroso y terreno.
Y el flujo inagotable,
De embarrancado río
De gentes y animales
Sacrílego, en las calles
Del elegido puerto
Y Útero, de la muerte.

Bajo nubes de incienso
Llama el fuego a los muertos
Engalanados y dispuestos
Hacia el altar, lugar de inicio
Que no cambia.
No hay luto en esta noche
Candente de sus carnes
Crepitando en el viento.

En la quietud del cielo
Desnudo que amanece,
Devolverá el aire
Al agua su principio.

Navegará,
Entre ceniza y lodo.
Alboreará,
El mundo liberado
Del perpetuo regreso

CAPADOCIA

Bajo el manto de estrellas
De Nevsehir,
Te transportó la nota dilatada
Del cantor de un alminar.

Y en esa noche que tú ya conocías
A oscuras y vestida de un silencio remoto
Te embarcaste, como en sueño hacia aquel fondo,
Donde se refugiaron Titanes
Que fueron desterrados del mar a las tinieblas.
Prisión de siglos, gestación de gigantes
Y nacimiento del que fuiste testigo.

Y en esa convulsión de fuego y fuerza
De la boca materna incandescente
Densa leche que fue manando por la tierra,
Formando así las rocas habitables:
Chimeneas del viento, subterráneos
Refugios indomables, nostalgias
De otros tiempos, caricias femeninas
De las dunas jugando alrededor
De erectas piedras, bajo el ardiente sol
De **CAPADOCIA**

BANGKOK

Veloz
Desde el caparazón
De metal desvencijado,
El viejo tuk-tuk
Nos ofrece una gran ola
De especias y música
De cláxones atonales.

Mientras saboreamos
La estridente mixtura,
Los peatones hacen festín
De las aceras:
Arrozverde, tallarineshumo, sojasfalto.

Después, al diluirnos en sus calles
La develamos. Descubrimos
La oculta diosa liberada por las aguas
Que besan los pies de los dorados templos,
Y salpican mercadillos de color
En los embarcaderos.

Tras el vuelo silencioso de las barcazas
Rebosantes de pasajeros, callada
Declina ya la tarde.

De vez en cuando la sirena suena
Y su eco se toma hierático
Al confundirse en el murmullo
De algún rezo

THAILANDIA

(Hacia el norte)

I

El color anaranjado y ocre,
Ocre y anaranjado zigzaguean
Entre verdes ampulosos
Y dorados de incienso.

El olor denso y difuso
Entre hocicos bendecidos
Loto y orquídeas.

El trasiego desnudo
De los pies orantes.
Los ojos del flash
Ante el dios de metal

II

Merodea el agua entre las hojalatas
De color tierra.
No sabemos si habitarán dentro.
A lo largo del río escalonadas
Bailan la música del viento
Suben y bajan.
Las humildes casitas destartaladas
Sueñan
En lo alto el gran templo y las campanas

III

El hombre de ojos rasgados
Se desliza de otra piel,
Se baña en el silencio ocre
De las primeras luces,
Visita el mercado
Y ofrece alimentos a su dios.

Ella tiene ojos de ensueño
Enmarañados en la nebulosa
De lo distinto,
Y puede intuir su anhelado sosiego
Debido a una vieja ley
Del equilibrio y la compensación

IV

El día ha encanecido,
La tarde casi sombra
Del gran sol oriental
Aún bendice el esfuerzo
De los torsos doblados
Y las manos que horadan.

De pronto, en el ribazo
Una invasión de cámaras
De marcas mil
Desenfrenadas y anhelantes
Disparan,
A fin de poseer lo exacto
Del instante.

Los hombres y mujeres abren
De par en par sus rostros
Y disculpan la irrupción
En su sagrado quehacer

THAILANDIA

(Hacia el sur)

Al sur el paraíso se ha embarrado.
El dorado se ha vuelto lodazal.
Los carteles anuncian sus productos:
Cualquier calle es válida
Para hacer mercadería del amor
A plena luz del día.

El mar de la China embravece con astas,
Arremete embozado en su capa de lluvia
Y ellas sonríen oscuras desde las barras.

Un disfraz de rostro infantil contrasta
Con otro senil apanojado,
Aquél asiente, y espera el final.

Lentamente la ciudad se despereza
Y apura aún los últimos instantes
Por el mismo precio acordado

LISBOA

Nos sorprendió ,desnudos
El azul
Expulsado del cielo,
Sobre el rojo carmín
De los tejados
En Alfama.

Más allá, el forjado
Metal oscurecido
Arqueando las aguas,
Coronando corrientes,
Pincelando barcos y raíles.
Más próximo el tranvía
Zigzaguea en tus sienes
Las estrellas fugaces
De la infancia.

Entre grises de nieve
De antiguos monumentos
Frente al agua
Serpentea la tarde,
Y el río nos devuelve
De nuevo a las tabernas
Donde se moja el vino
Con maderas de oriente
Y occidente, que saben
A esos días caobas
De refugio
En los ojos de alguien
Que escucha de otros labios
Un poema,
O a esas noches de ébano
Sin sueño, reticentes...

Que apuran, se resisten
Al frío amanecer
De la partida

PETRA

Casi oculta ante el tiempo,
Como si tu deseo
Fuera estar vedada,
Permaneces
Imponente y esbelta.
Apenas abres labio contra labio
Invitando al silencio
Vertical de los siglos.

Ciudad de estrechas puertas.
En tu fecundo vientre lucharon
Las raíces,
De las enredaderas
De tus rocas.
La piedra que en su hueco
Acoge
Rumor de vientos y arañar de lluvias,
Manos que moldearon tus contornos.
Belleza
Que se gestó a los ojos
De la Luna,
Sobre la que también el hombre
Ciego,
Se dispuso a esculpir
Sus templos
A otros dioses

EL TEMPLO

Esos gigantes órganos de luz
Policromados en sus redondas cúspides,
Atalayas del viento,
Pregoneras a los azules mares y a los cielos
De un himno inacabado, eterno.....
Qué pequeños los ojos desde abajo
Al notar las miradas desde el ábside
A lo ancho, a lo largo y a lo alto,
Y más allá
Qué mimbrear de alas el espacio,

Adentro,
Junto al iris, de la retina crecen formas
Que se bifurcan, multiplican
En ascendente danza helicoidal,
A partir de ese número sagrado,
Que tiene como perfil el rostro
De los ángeles.

Pero la luz que entre el ramaje filtra
Una armonía blanca de silencio,
Aleja cualquier mítico temor
En este bosque pétreo
De torsos comunales.

Afuera,
Cubriendo las paredes en ternario
De la gruta sagrada hacia el naciente,
Los símbolos se afanan en ocupar su espacio,
Fijar sus movimientos en el número exacto
Del tiempo
Por el que se revelan.

Espumas suavemente rizadas en la piedra,
Tomadas de las crestas de alguna ola en furia
Algodonan y mullen las bíblicas imágenes,
Mientras gárgolas reptan entre hierbas y adelfas,
Y hojas serpenteantes acogen el posar
Del vuelo de las aves.

Crustáceos, mamíferos, flora y fauna
De tierras y de mares en plena floración,
Y la piedra candente que fluye como lava,
Y la mano del genio que al punto la detiene,
Estalactitas-lágrimas de sauces encantados
Nos llevan al poniente, escenario
De la incruenta pasión:
Piedras atravesadas por rostros atrapados
En rectas y rectángulos
De un remoto dolor.

Microcosmos. Ópera Cósmica.
Gran montaña erigida por la mano del hombre.
Sacrificio a la búsqueda del absoluto amor
En el profano asfalto
De la ciudad de los mil nombres
Y entre los muchos, **LAYE**

CUEVAS

Yo soy la mano
De pulso firme
Y remoto trazo
Que dio a la roca
La perfección exacta
De los perfiles.
Caballos y bisontes
Sobre sus brumas
De siglos, de agua
De piedra y aire.
Bajo el enorme hueco,
Sobre la bóveda
Muestran
Su perpetuidad.

Mas esa herida
Tiende a cerrarse,
Bosque encantado
De arquitectura.
Mientras la música
Del agua marca
La quieta nota
De la caída
Crece hacia arriba,
Se une en columna
Majestuosa
La estalagmita.
El cuerpo interno
Ramificado
Sigue
Sin detenerse
Vertiendo lágrimas
Que cristalizan

Qué mano
Ganará al tiempo,
Y el pulso

EL RÍO

I

Desde la entraña acuática
Del gran lago africano,
Se desprende neonato
El río de los ríos.
Brotó su lozanía
En esforzado ascenso
Combatiendo sollozos,
Lágrimas de oro,
Que poetas vertieron
Por damas desdeñosas,
Llegando a desbordar
Sus aguas.

Lamentos refulgentes
Donde reverberaron
Los ojos de los dioses,
A los que faraones y reinas
Reclamaron la inspiración
De escaleras divinas,
Pasadizos
A la inmortalidad

II

Porfiadas miradas
En aguas temporales,
Van enhebrando el sueño
Desmembrado de Osiris:

Cual Venus emergiendo
Abu-Simbel,
Y esas potentes piernas
De gigantes
Salientes de la roca,
Aguardando a que el dios
Fecunde con sus rayos
El centro,
Y los libere
De su perpetuidad
Inmóvil, prometeica.

Avanzando en el río
Hacia la isla sagrada
Donde se aloja Isis,
Diosa madre,
Y la abnegada esposa
Que de lo fragmentario
Hará lo eterno.
Cómo se desparraman
En tus orillas hileras
De redondas columnas
Floreciendo en papiros,
O en las hojas de acanto
O en el loto
De abiertos capiteles.

Las tumbas y colosos
Sellados por los signos,
Y el gesto lateral
De las imágenes,
Revelan
El momento del despertar
Del sueño de los dioses,
La ansiada eternidad
De los mortales.

Pero el río de Isis
No detiene aún su curso,
Sondea los desiertos,
Recolecta sembrados
Cotidianos,
Esfuerzos sobrehumanos
Con que elevar pirámides
Guardadas por esfinges.

Y así, el collar de perlas
Engarzado,
El dios reconstruido
Entre mágicas piedras
De memoria cifrada,
Que ha de desembocar
Al mar Mediterráneo,

Y retornar a la continuidad
De sus orígenes

III

Todo recobra su principio,
Y nosotros
Viajeros despertando,
En esas mismas aguas
Oscuras del misterio,
Y a la luz de este día,
Vemos en tus orillas
Otras damas de negro
Cuyas manos,
Ya no son de alabastro,
Ni sus caras son templos,
Sino anónimos rostros
Que ocultan los silencios
De una vida enterrada,
Exenta de mastabas,
Necrópolis, esfinges.

Navegamos corrientes
Lentamente hacia arriba,
Y el roce de tus juncos,
Esos tallos esbeltos,
Las ampulosas hojas
Africanas,
Todo se torna imagen
Momentos regresados,
Que también pertenecen
Derivan
De ese collar de perlas
Ideales
Pero ya es otro sueño

ÍTACA

Después de tantas aventuras
De destreza, y bellezas apresadas

Volverás algún día
A aquel lugar
Desde donde partiste,
Porque el recuerdo pesa
Se enraiza en la espiral
Como crecen los tallos,
Venas de la memoria
Reclamando el nutriente.
El deseo de un mundo
Que el tiempo ya ha labrado:
Metamorfosis del paisaje,
Que parecía estático
Cuando sumaba millas
La distancia,
Y avanzabas hacia otras islas.

Volverás algún día
Alguien que no soy yo
Te esperará,
Y habrás de descubrirla
Como a la piedra,
Que quiere ser
Arte en tus manos, ésas
Que han domeñado
La furia de los mares.

Volverás algún día
Sin cetro, con arrugas
Y más sabiduría
Que algún enamorado,
Que con pasión
Defenderá
Su parcela de amor

La ciudad y sus mundos (2ª parte)

CIUDAD VIOLENTADA

*[...] sé, en la guerra
tú, mi compañera*
Safo, Himno a Afrodita

no hacen falta batallas,
huestes, generalifes,
metralletas y láser
marcas ultramodernas,
ni carros de combate,
ni buques de contienda

puede oprimir un techo,
la baldía ventana
que ha incitado al silencio,
el miedo aposentado
en la alargada mano
dominando la puerta,
recordando su cerco
en la piel lacerada
del alma, o de un beso
que ya sabe a alambrada

un brazo poseído,
poseedor de sombra,
un castigo sin culpa,
una invasión, sin fruto
dorado que exprimir,
un diablo sin su infierno,

quizás la libertad,
la belleza, el amor
podrían con el tiempo
llegar a transformarlo,

pero el cretino ríe
ante la tecnocracia
sabia y amordazada,
y se extiende veloz
como la vieja peste

herrumbre de muñones,
ángel de dos cabezas
atraviesa las nubes,
vuelven polvo y ceniza
a contagiar la tierra,
será herencia o presente,
o serán esas piedras
partidas, mal curadas,
una letal vivencia
en este nuevo siglo

mientras, la voz de un niño
entre las ruinas, canta

CIUDAD DEL GRITO

¡déjame recordar el silencio en tus profundidades!
F. Hölderlin

A Eduard Munch

las ondas de fuego
hienden el agua, el aire,
el grito contusiona,
agrieta el mundo

silencio huracanado,
dragones de ensombrecida
cola, que en el puente
aletean,
se desatan, aherrojan
en su boca encendida
un fantasma,
un espectro que huye,
que no desea oír
bramar la tierra

y mientras, la ciudad
ennegrecida de humo
camina sin remedio
cumpliendo irremisible
ese presagio,
un destino escindido
que aún,
no bien comprende

CIUDAD DERRUIDA

la muerte se ha instalado,
ha plantado su tienda
en un sembrado estéril
al borde del infierno,
y allí escondida acecha
la llamada
del cielo ensangrentado,
castigo sin principio
que azota la ciudad

la muerte aguarda afuera,
echa raíces, también
en las macetas más ajenas
de la esquina,
y taja con cenizas
un poniente de claveles rojos

la tierra dividida se hace cieno,
despachos de ciudad cosmopolita
pactan la unión de enredaderas
de agua, o muérdago
alrededor de troncos de laurel

y mientras, la muerte
dragonea en las calles,
segando a bocanadas
moradas y miradas
de niños, luz quemada,
astillas de retama

y mientras, los que escaparon,
aquellos que vieron y sintieron
la lucha de los ojos
entre el fósil y el fuego, detrás de sí
¿cómo podrán olvidar el infierno?

quién de esa mella, de ese fracaso
inmenso hará sosiego
cuando despierte el alba

CIUDAD DEL TERCER MUNDO

tierras ardientes, quebradas
de tanto estirar los márgenes,
volcanes que se desbocan
hacia espacios de humedad,
danza de ojos incrustados,
máscara que al tiempo espanta,
policromía triunfando,
elevándose del cieno,
ánforas de luz y sal,
sed de pozo, agua de dunas,
diáspora que curva el viento,
bocas de arena doradas
adentrándose en oasis,
manos firmes de mujer
fecundando las raíces
de merecida parcela
de hipotética esperanza

no caben más pies aquí
en la tierra sin asfalto,
con el fruto ya expoliado
por los tiranos de turno,
qué pena de este vergel
rumor de selvas y juncos,
cantos de exultantes plumas,
reclamos, belleza, orgullo
de rapaces y felinos

con el alma endurecida
y el obligado desnudo
de mi carne osamentada,
emigro hacia una ciudad
de tejados de uralita
y de un aire envilecido
a vagar, limpias mis manos
y mi rostro oscurecido
se alivia entre el encalado
de laberintos angostos
de color blancoazulados
pobres, presentado el reto

a este sol enardecido,
un paraíso sin tiempo
de miseria consentida

y encomendada a la luna,
desde esta ciudad sin rumbo:
hormigas exploradoras
huyen de su lazareto

CIUDAD DE LOS TRANVÍAS*A Antoni Gaudí*

los azules y verdes se entibiaban
hacia malvas y púrpuras,
como hogar encendido crepitaba la tarde,
y Ariadna
en sus ojos de niña, silenciosa
apresaba
el vuelo de las hojas y el ondear de un hilo:
estrechos ríos férreos surcaban
la ciudad de luciérnagas,

hasta la estancia mirador
llegaban aquellas dulces voces
de los locutores
que ella creía, habitaban allí,
felices y encantados por un mago
en aquel pequeño laberinto de cables,
misterioso

detrás del balcón y sobre el balancín
Ariadna se quedó dormida,
y en su sueño el crepúsculo
la condujo a una cueva
de galerías infinitas y abiertas puertas,
y ventanas que penetraban
en habitaciones de árboles
que daban al fondo
de un batiente mar
de danza planetaria,
y allí estaba él: genio, vate, Dédalo,
inmerso en el arte
y juego sin fin,
recorriendo casi agónicamente
con sus manos
el insondable espacio,
pesarosos los ojos
de no poder darle alcance al tiempo,
inagotable búsqueda, en sus dedos
apareció el extremo de un hilo,

corriente que lo arrastró hacia fuera,

un antiguo clochard se confundía
entre la muchedumbre ajena
en su mano una moneda para regar
aquel jardín eterno, abandonado
en la ciudad ausente, dormida
entre sus pasos,

Ariadna despertó violentamente,
tras los cristales
sobre aquellos dos hilos
paralelos y negros,
un cuerpo desvencijado,
anónimo,
y el parpadeo tenue
de una vieja luciérnaga

CIUDAD HOSPITALARIA

entre lisa pared y pálido jazmín
suben hacia este monte
palomas, tulipanes, bellas gardenias,
con sus manos de verde laurel
abrirán lechos blancos a la noche insomne,
vaciarán de dolor las cuencas de los ojos,
verterán amarillos de fiebre en informes,
pulsarán con sus dedos asépticos tubos
por donde discurren los ríos aciagos,
los túneles de aire, los vientres sin fondo,
los cuerpos de niebla tendidos
esperando del sol la mañana,
que disipe los grises
y el olor a otoño de los crisantemos

los pasillos extienden sus largos
tentáculos a orillas del breve reposo,
dando asiento
a aquella fatiga de la media tarde,
cuando ya las visitas regresan al mundo,
y el cálido rostro de palabras firmes
del especialista y doctor, queda lejos
diluido en las tenues luces del atardecer,

de las frías estancias de urgencias
suben ecos de navajas rojas,
y rumor de deseos sin frenos,
y quejidos de metal y sombra,
el murmullo se adensa en los techos
y presiona bajo finas vendas
la cama de al lado con cuerpo
sin alma, que anoche
sostenía aún su duelo

la enfermera cambiará solícita
la habitual posición de brazos y caderas
sin rastro
de sudor o lágrimas,
por un nuevo sueño bien algodónado

un frescor a semillas y a heno
llega en la mañana,
y las rosas de un jarrón, cortadas
anuncian partida, y su límite,
y el olor conocido de pétalos
nos devuelve
a retazos de tiempos y a nombres
y a calles, y a pasos sabidos
para desandar, lejos, muy lejos
de ese tiempo helado
de los hospitales

CIUDAD DE LOS TRENES

los días eran lentos y viajaban
en usados vagones de tercera,
con billetes de ida, y fiambreras
generosas y afables, hermanos
todos de un mismo origen, y miserias
de tierras pedregosas, y arcillas
cantarinas y sedientas

los trenes envueltos en vapores de humo,
parecían ballenas imponentes
cuando anclaban sus caparzones
en la vieja estación
de un pueblo ya importante

el ascenso a aquel cuerpo
de hueca entraña no era fácil,
pero ya aposentados y a través
de los turbios cristales,
veíamos pasar las tierras y las horas
moribundas, que iban quedando atrás
por la fuerte presencia de Eldorado

por fin aquellos largos monstruos
de futuro, llegaban atraídos
por extraños imanes a la Estación del Norte,
nadie nos esperaba pero
la lluvia avariciosa, emborrachaba
el alcantarillado, y amenazaba
ahogar entre sus cuerdas las maletas
de aquel duro cartón de ultramarinos

los tranvías de la ciudad iban de retirada,
y anunciaban con ese desgastado chispear
la aparición de nuevos tiempos,
escampaba la lluvia y un repiqueteo
de pequeñas campanas bajo holgada capa
nos sorprendió en la noche, el guardián
de las puertas de la ciudad
pacientemente nos entregó sus llaves

CIUDAD DE LOS AMANTES

entre las diagonales de su cuerpo
mis pasos indecisos te buscaban,
huyendo de esos túneles inmensos
que engullen el metal
de los atardeceres,
y traspasan como agujeros negros
la ciudad y sus sueños las espumas,

aleteaban crepúsculos del último
verano
archipiélago en la arena
de sus brazos,
se presentaba octubre vestido
de promesas,
noviembre cobijaba el temblor
de caderas aún frescas
que ya diciembre helaba,
y sus noches violetas derramaban
esperas

paseábamos las horas de ida y vuelta
hacia aquellas afueras
de ciudad,
donde los arrabales
tiñen con su cemento
el humo engendrado de las fábricas,
y motores impúdicos violan
silencios
de jóvenes amándose en parcelas
sin dueño,

ya ascienden por los muros buganvillas,
colorean el aire presagian primaveras,
presencian las ágiles piernas decididas
de la mujer hacia una cita a ciegas,
¿y adónde estabas tú cuando el amor
empuja desde el mar como un útero?

allí, junto a la brasa de despierta
luna, el cálido remanso de tus ojos,

el agua de tus brazos regresando
mi cuerpo hacia otros túneles
de océanos de mares y desiertos,

aquí, dentro de nuestros pechos
que agolpaban las noches y los días
destejiendo,
para al fin encontrar
la hebra de seda
que el amor escondía en sus dominios

NO CALLARÉ SUS NOMBRES

No callaré las nieves ni los mares,
Ni los aludes ni las tempestades,
Ni edificios de nácar, ni ruinas enterradas,
Ni ciudades ahogadas en el yeso,
Ni el limo de olvidados valles,
Ni adormecido asfalto de alquitrán.

No oprimiré palabras, que como el pan
De cada día muestran sus ojos claros,
Péndulos de las horas, ánforas de la luz,
Que extraerán la sal a aquellos nombres
Yacientes, mientras se gestan otros
En húmedo arenal,
Y serán como aves atravesando el tiempo,
Penetrando la noche y el silencio
De tejados de rojos y azabaches,
De piedras como vientres,
De un mundo de columnas y símbolos
Del ciclo de los dioses durmientes,
Que al despertar de sus hermosos sueños

Nos arrojan a las cenizas de un antiguo hogar,
A los veloces trenes que se pierden
Y a los que anuncian paradas y destinos,
A los deslumbradores edificios
Que apagan la sed de los ahogados,
A templos profanados por sus predicadores,
A escaparates hipnotizadores,
A amantes que caminando se recobran,
A la memoria que soy y que se engarza,
Y es capaz de pensarme y pronunciarse.

Pero aunque labradores del asfalto,
Abran con sus arados las palabras
Desandadas, compuestas, quizás transfiguradas
En cuerpos que han sido producto
De las llamas, y vagan como espectros
Esperando que alguien en el espejo
Les dé nuevos perfiles

No callaré sus nombres
Ni dejaré de explorar
Sus nacimientos
A través de viajes
Limitados e imperfectos
Que han de volver al recomienzo,
Con miradas de vidrieras góticas,
Y ojos transparentados en cristales
De buhardillas antiguas, y en historias